

INTRODUCCIÓN AL ANÁLISIS MACROSINTÁCTICO DE TEXTOS (II)

Manuel Iglesias Bango

(1)

[La señorita Ramona mandó ensillar el caballo y salió al monte, en Arenteiro se encontró con la pareja de la guardia civil]

-Buenos días, señorita, ¿a dónde va?

- ¿Cómo que a dónde voy? ¡Voy a donde me da la gana! ¿Es que no puedo salir a dar un paseo cuando quiera?

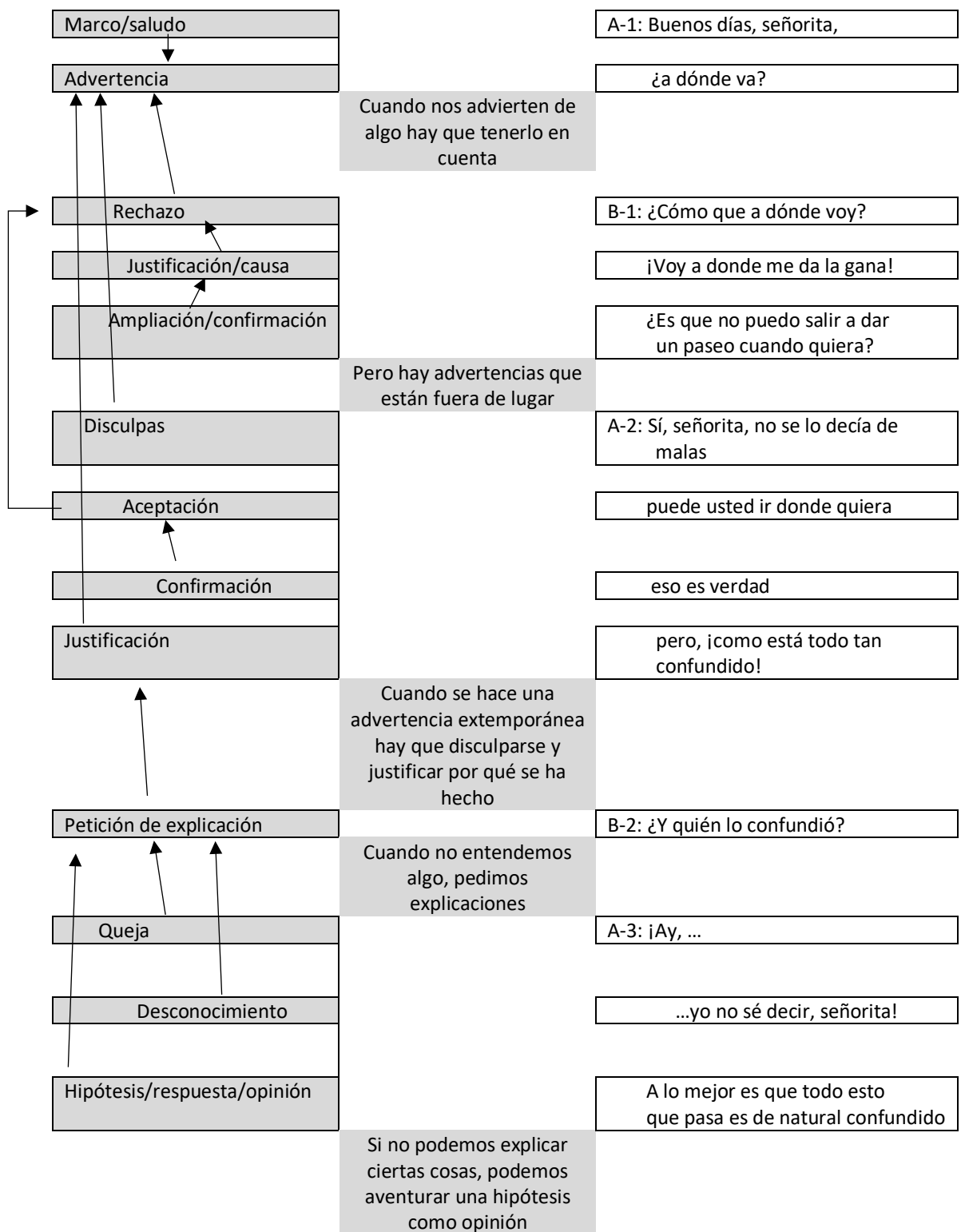
- Sí, señorita, no se lo decía de malas, puede usted ir donde quiera, eso es verdad, pero, ¡como está todo tan confundido!

- ¿Y quién lo confundió?

- ¡Ay, yo no sé decir, señorita! A lo mejor es que todo esto que pasa es de natural confundido

Camilo José Cela, *Mazurca para dos muertos*

Entre corchetes, el contexto.



(2)

Entonces,
en los atardeceres de verano,
el viento
traía desde el campo hasta mi calle
un inestable olor a establo

y a hierba susurrante como un río

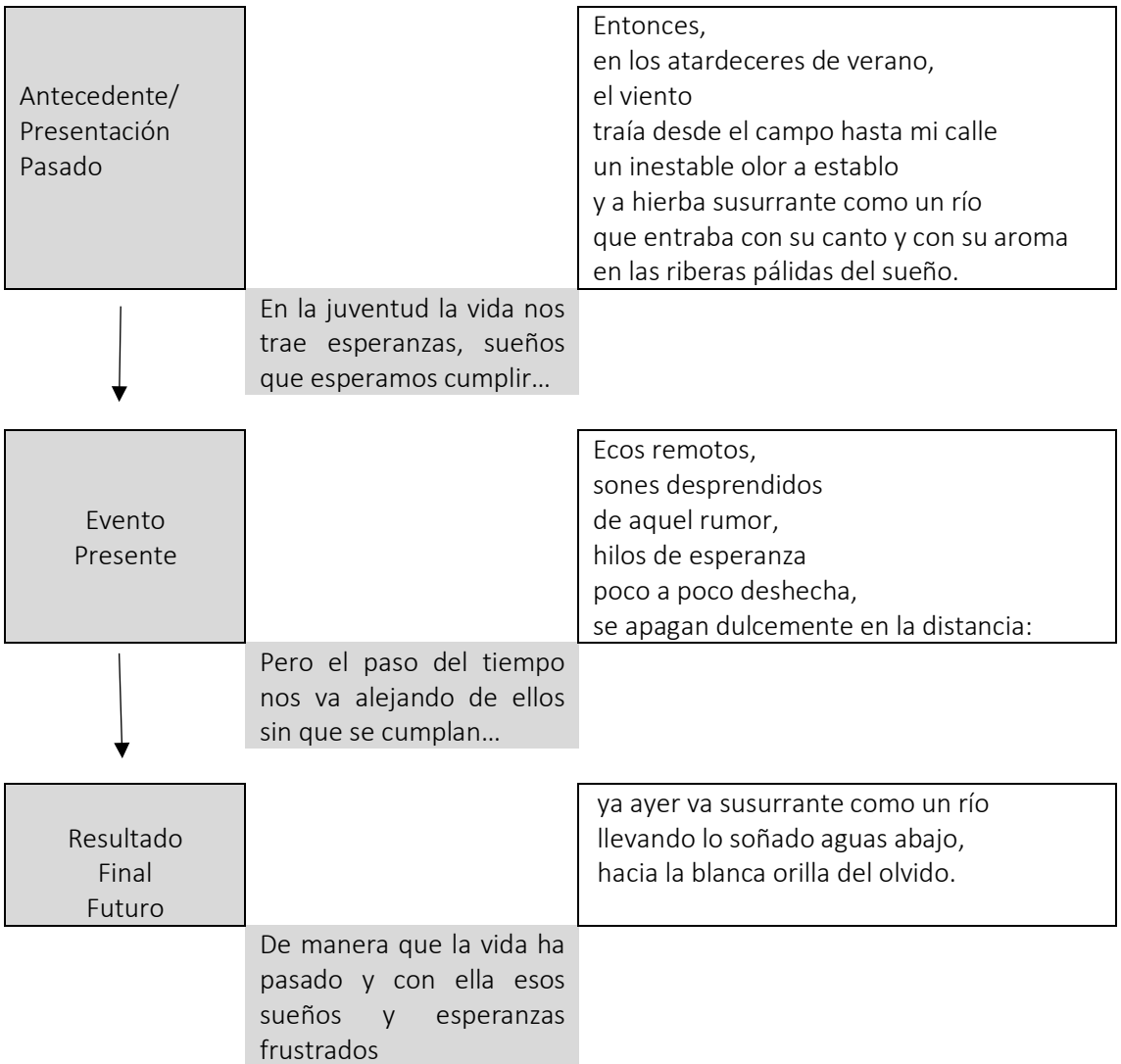
que entraba con su canto y con su aroma
en las riberas pálidas del sueño.

Ecos remotos,
sones desprendidos
de aquel rumor,
hilos de esperanza
poco a poco deshecha,
se apagan dulcemente en la distancia:

ya ayer va susurrante como un río

llevando lo soñado aguas abajo,
hacia la blanca orilla del olvido.

Ángel González



(3)

¡Qué verdad,
qué triste realidad
surgió de la nada
y se alza ante mí!
Me siento pequeña,
pero nunca más
confiada

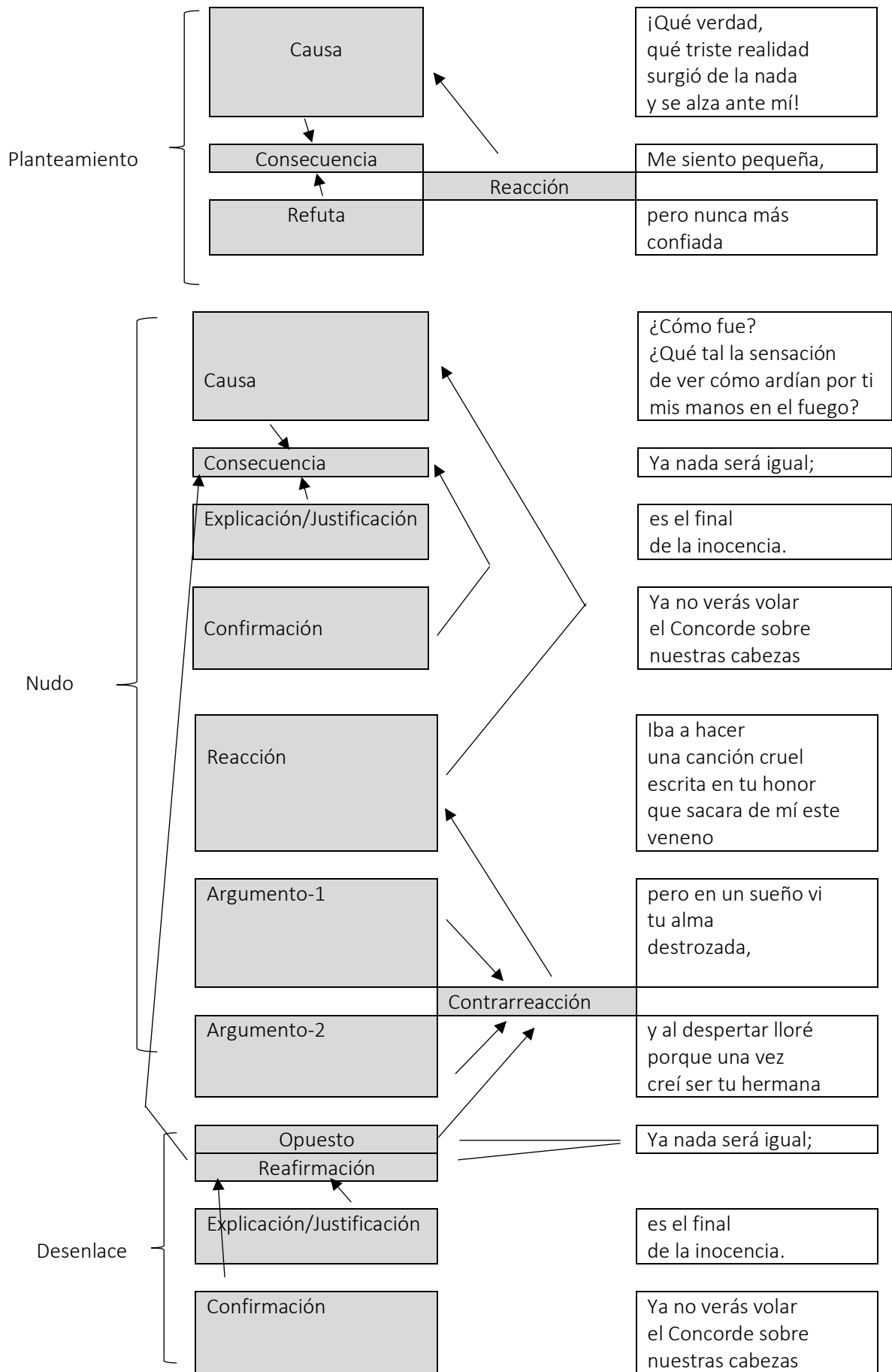
¿Cómo fue?
¿Qué tal la sensación
de ver cómo ardían por ti
mis manos en el fuego?
Ya nada será igual;
es el final
de la inocencia.

Ya no verás volar
el Concorde sobre nuestras cabezas.

Iba a hacer
una canción cruel
escrita en tu honor
que sacara de mí este veneno,
pero en un sueño vi
tu alma
destrozada,
y al despertar lloré
porque una vez
creí ser tu hermana.

Ya nada será igual;
es el final
de la inocencia.
Ya no verás volar
el Concorde sobre nuestras cabezas.

Amaral



Déjame

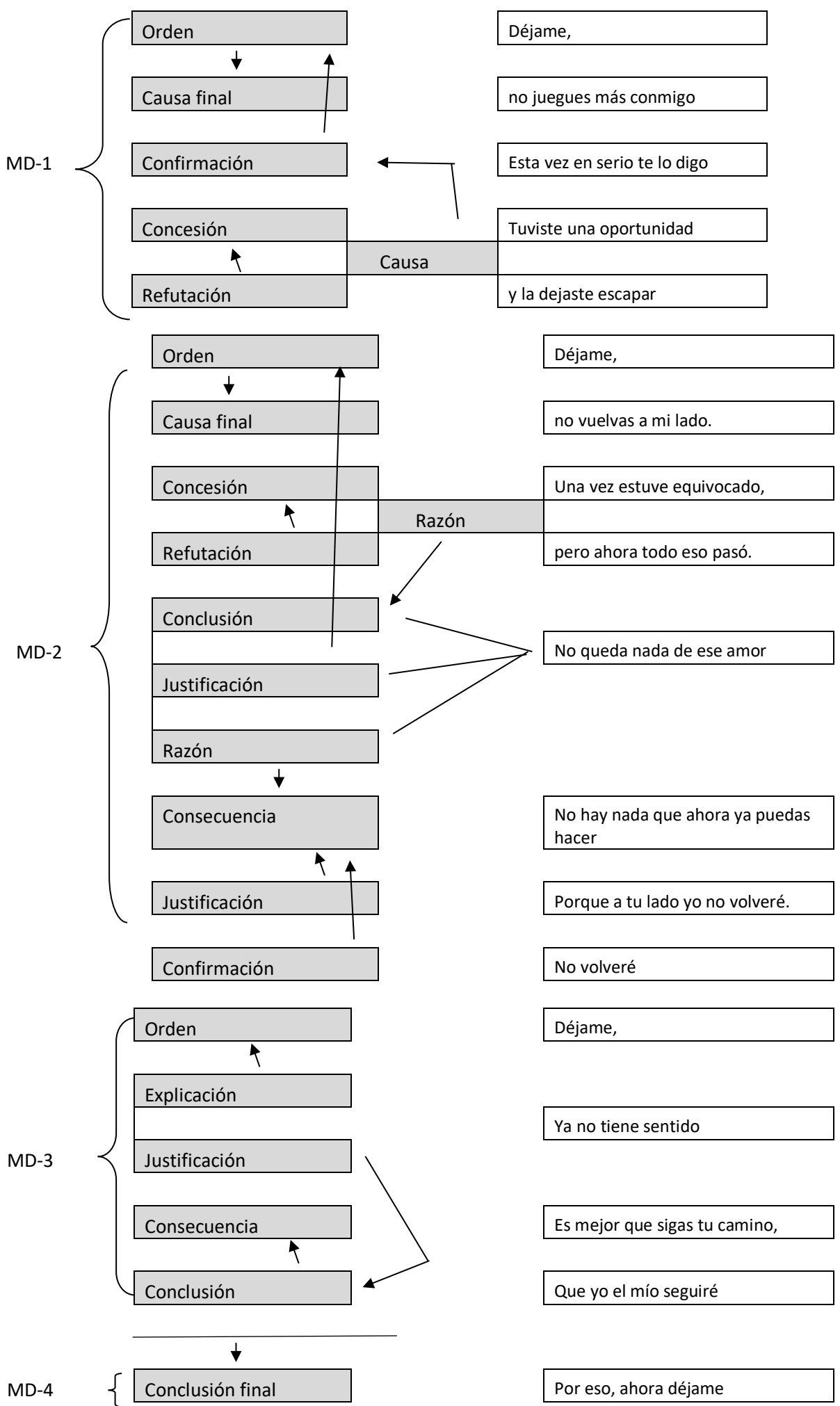
Déjame,
no juegues más conmigo.
Esta vez en serio te lo digo.
Tuviste una oportunidad
y la dejaste escapar.

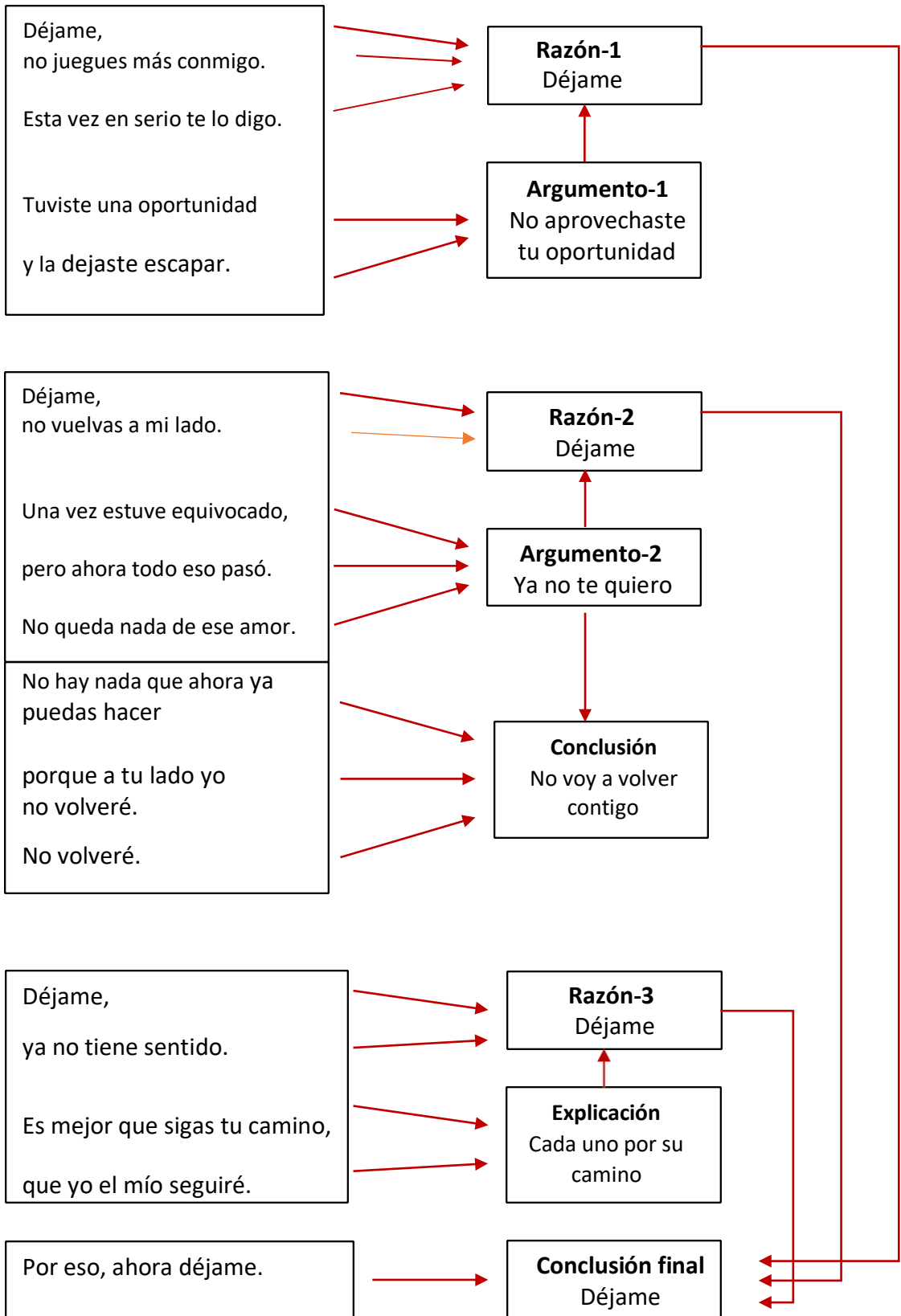
Déjame,
no vuelvas a mi lado.
Una vez estuve equivocado,
pero ahora todo eso pasó.
No queda nada de ese amor.
No hay nada que ahora ya puedas hacer
porque a tu lado yo no volveré.
No volveré.

Déjame,
ya no tiene sentido.
Es mejor que sigas tu camino,
que yo el mío seguiré.

Por eso, ahora déjame

Enrique Urquijo Prieto





Ausencia

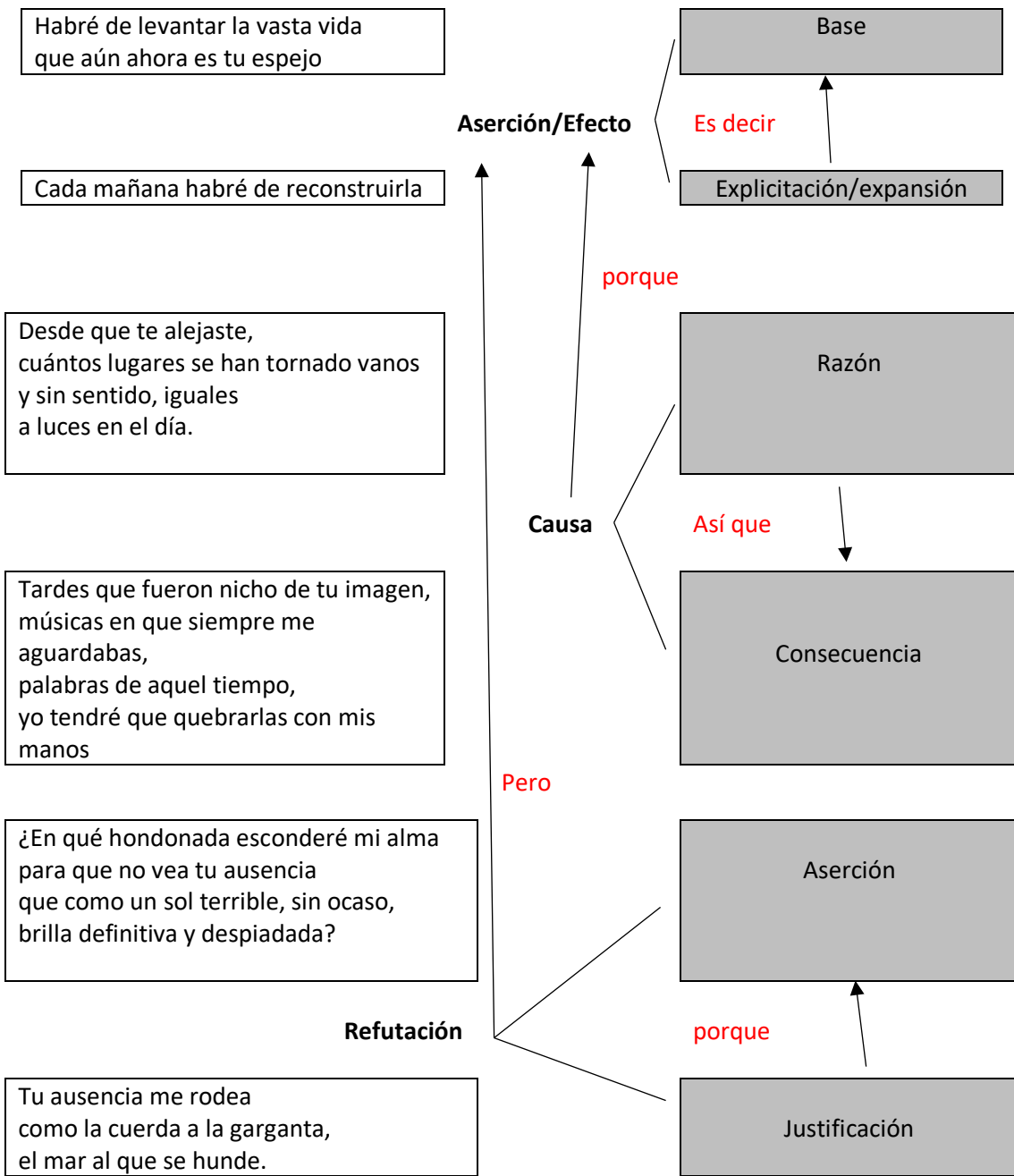
Habré de levantar la vasta vida
que aún ahora es tu espejo
Cada mañana habré de reconstruirla

Desde que te alejaste,
cuántos lugares se han tornado vanos
y sin sentido, iguales
a luces en el día.
Tardes que fueron nicho de tu imagen,
músicas en que siempre me aguardabas,
palabras de aquel tiempo,
yo tendré que quebrarlas con mis manos

¿En qué hondonada esconderé mi alma
para que no vea tu ausencia
que como un sol terrible, sin ocaso,
brilla definitiva y despiadada?

Tu ausencia me rodea
como la cuerda a la garganta,
el mar al que se hunde.

Jorge Luis Borges



Elegía española II*A Vicente Aleixandre*

Ya la distancia entre los dos abierta
 Se lleva el sufrimiento, como nube
 Rota en lluvia olvidada, y la alegría,
 Hermosa claridad desvanecida;
 Nada altera entre tú, mi tierra, y yo,
 Pobre palabra tuya, el invisible
 Fluir de los recuerdos, sustentando
 Almas con la verdad de tu alma pura.
 Sin luchar contra ti ya asisto inerte
 A la discordia estéril que te cubre,
 Al viento de locura que te arrastra.
 Tan sólo Dios vela sobre nosotros,
 Árbitro inmemorial del odio eterno.

Tus pueblos han ardido y tus campos
 Infecundos dan cosecha de hambre;
 Rasga tu aire el ala de la muerte;
 Tronchados como flores caen tus hombres
 Hechos para el amor y la tarea;
 Y aquellos que en la sombra suscitaron
 La guerra, resguardados en la sombra,
 Disfrutaban su victoria. Tú en silencio,
 Tierra, pasión única mía, lloras
 Tu soledad, tu pena y tu vergüenza.

Fiel aún, extasiado como el pájaro
 Que en primavera hacia su nido antiguo
 Llegaba a ti y en ti dejaba el vuelo,
 Con la atracción remota de un encanto
 Ineludible, rosa del destino,
 Mi espíritu se aleja de estas nieblas,
 Canta su queja por tu cielo vasto,
 Mientras el cuerpo queda vacilante,
 Perdido, lejos, entre sueño y vida,
 y oye el susurro lento de las horas.

Si nunca más pudieran estos ojos
 Enamorados reflejar tu imagen.
 Si nunca más pudiera por tus bosques,
 El alma en paz caída en tu regazo,
 Soñar el mundo aquel que yo pensaba
 Cuando la triste juventud lo quiso.
 Tú nada más, fuerte torre en ruinas,
 Puedes poblar mi soledad humana,
 y esta ausencia de todo en ti se duerme.
 Deja tu aire ir sobre mi frente,
 Tu luz sobre mi pecho hasta la muerte,
 Única gloria cierta que aún deseo.

Luis Cernuda

